

1-135
Fantasia crepuscular.

("Vida Nueva", Madrid, 14 agosto 1894)

1-135
Fantasia crepuscular

Fué en uno de esos días ardorosos en que la reposada campiña aguanta intensa incubación solar, cuando en la vibración del ambiente, caldeado al contacto con la enardecida tierra, parecen tiritar los campos.

Al caer la tarde volvíame al pueblecillo, un lugarejo castellano, que cual excrescencia ó relieve del suelo, como esculpido en éste y de su mismo tono de tierra seca, recortaba en el limpio horizonte su quebrada silueta. Me paré un momento á ver cómo se acostaba en la llanura el sol, que al tocarla se ensanchó como abrazándola y dejó luego tras de sí el dorado encendi-

miento del celaje, en que allá, en la pura línea del fondo, resultaban unas encinas recogidas y graves.

Me quedé en la vega á esperar la noche, lleno de melancólico pesar por aquel día más que con el sol se iba, y de dulce anhelo por la recogida noche que se venía tan quedo. Y era en mí todo uno, y lo mismo la tristeza del pasado y la esperanza del porvenir, como la luz del sol muerto y la sombra de la naciente noche se hacían uno, y lo mismo en la indecisa franja violácea del crepúsculo.

Reducidos los colores á matices al fundirse en el gradual derretimiento de la luz diurna, volvían á entrar las formas todas en la comunión del conjunto; abandonadas del sol, abrazábanse en el campo, con dulce armonía, bajo la difusa claridad del cielo, por el que iba enfiltrándose desde el ocaso la obscuridad nocturna. No se hacían ya sombra unas cosas á otras.

Y á la vez como si perdiendo toda su materialidad se hubiese convertido en mera vestidura del sol en forma gloriosa de la creación invisible. Las cosas se amortiguaban su marcha.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USALES

A.5.2/95

Fantasia crepuscular

Heraldo de la noche, salió la brisa á impedirme con su frescura el que cayese en completa enajenación ó en ensimismamiento absorbente; la brisa terral que iba á recoger de las praderas y sembrados la fatiga del caloroso día, y á llevarles la buena nueva del descanso y la frescura de la noche, de la noche que se despide de los campos con lágrimas de rocío. Resonó el ave-maría del campanario del lugarejo, y fué como voz que brotando de la llanura misma, se elevase al cielo limpio para desde allí arriba descender purificada sobre los campos en ecos que se apagaban derritiéndose poco á poco con la luz en el silencio solemne.

Desligándoseme la fantasía, empezó á disolverse también en imágenes crepusculares, mientras que por debajo de ellas, como si tierra sustentadora y asiento de atracción, descansaba en mí el sentimiento del flujo de las horas en el irresistible curso del tiempo.

Cuando entres en el crepúsculo de tu vida—me decía,—irás sintiendo cada vez mejor tu comunión de solidaridad con todo; perderás poco á poco el relieve que hoy te presta la gracia de la juventud, relieve que crees propio, siendo en realidad debido más á la sombra que se proyecta que á la luz que se refleja; pero entonces, bajo el dulce y puro y difuso resplandor del cielo que nos cobija por igual á todos, te sentirás más uno con ellos y sentirás á la par no ser tu color propio más que mero matiz del armonioso conjunto. ¡Luz propia! ¡Vanidad de luciérnaga que de noche brilla en un rincón entre matas; de pobre luciérnaga que debe al sol, con su vida, su luz misma!

Los que te parecen más oscuros—segua diciendo—me la fantasía—tal vez lo sean porque recogen y guardan en sí, en sus íntimas negruras, mayor porción de la luz recibida de gracia, son acaso los más luminosos por dentro; y, por el contrario, los que más brillan serán quizás los que con menos luz para sí se queden, los que la rechazan y despiden como bruñidos espejos de obscurísimo reverso. Estos campesinos que, sumidos en cristiana sencillez, viviendo oran, y que vuelven cada día á vivir la misma vida, suelen llegar á ser en las noches de los pueblos los que prestan la dulce lumbre de la tradición íntima que mantenían en las aparentes sombras de su conciencia. Es su luz la luz que resplandece en las tinieblas. Su oración no es algo que se destaque ni se desgaje de sus demás actos; ni con ella hacen sombra ni necesitan recogerse para elevarla,



Fantasia crepuscular.

3

porque su vida misma, cuando es pura y alumbrada por la luz que resplandece en sus tinieblas, es oración de trabajo, de paciencia, de paz, de amor, de esperanza y de fe.

Presentóme luego mi fantasía la absurda imaginación de que me pusiese á vivir hacia atrás, revertiendo el curso del tiempo para recorrer en sentido inverso al transcurrido la senda de mi vida, hasta *desnacerme* tras nueva infancia, y esta imagen del desnacer me llevó á la imagen de la muerte, de la noche.

La noche, entretanto, se me había venido encima, una noche negra y hermosa como la novia del Cantar de los cantares; una noche de que descendía apacible calma. La tierra, cual espesada sombra, parecía, bajo la suave negrura del estrellado cielo, sedimento de éste. Al volver mi atención al paisaje nocturno, sugirióme éste algo del momento genesiaco aquel en que pesaban sobre la tierra desnuda y vacía las tinieblas é incubaba el Espíritu de Dios sobre el haz de las aguas, para que luego, al—¡Sea la luz!—la luz fuese. Y recordé al punto aquellas preñadas palabras del principio del Evangelio de San Juan, que dicen: «En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; luz que resplandece en las tinieblas, y luz que éstas no comprendieron.»

El frío me hizo precipitar la marcha, y cuando entré en casa de mi huésped, chisporroteaba en el fogón de la cocina, bajo la ancha campana ahumada, una buena hoguera. Empezaban á rezar en familia el santo Rosario, cuyas Ave-Marias henchían dulcemente el recinto alumbrado por las llamas del hogar, y resonaban á la vez en el hogar de mi alma cual trasunto de la oración de los campos, cual eco prolongado de aquella hora recogida en que á los cielos que narraban la gloria del Señor, respondía la tierra con la salutación angélica á María. Y siguiendo, lleno de imágenes crepusculares, aquel oficio tan doméstico cuanto religioso, meditaba en qué consiste la vida de los pueblos, y en la luz que resplandece en las tinieblas mismas, que, sin comprenderla, la rechazan con brillantez externa.

MIGUEL DE UNAMUNO.



4.5.2/75